

Editorial

Construyendo consensos, reconociendo disputas, creando horizontes

En muchos ámbitos de la vida cotidiana, la diversidad emerge como el lado positivo de las diferencias, y se promueven procesos que procuran la unidad en medio de esa diversidad. Pareciera que esa unidad en la diversidad reconoce las diferencias entre las partes, y al mismo tiempo que las reconoce, también valora esas diferencias como aportes positivos al conjunto de la totalidad.

Esta perspectiva tiene en estos tiempos su aplicación en diferentes espacios territoriales y en distintos campos de acción; y de hecho, podemos recorrer con nuestra mirada y nuestra memoria algunos ejemplos sobre este modo de buscar la unidad en la acción en determinados procesos sociales, económicos, políticos y culturales.

Claro que algunas experiencias son más prolongadas y otras son muy coyunturales, pero todo depende de la capacidad de construir los consensos y de la calidad en gestionarlos; sabiendo que es más duradero cuando se construye desde las diferencias y reconociendo que se disputan posiciones, ideas y pensamientos. Es probable que evitar estos matices no sólo perjudique la prolongación de los consensos, sino que dificulte el logro de los objetivos acordados. Cabe también agregar que no todo lo diverso es susceptible de unirse, existen razones éticas e ideológicas que limitan o promueven la unidad más allá de las posibles afinidades o empatías.

Los procesos de integración regional también son espacios recurrentes de disputas y consensos donde se intercalan los intereses y los temas de cada cual, reconfigurando las alianzas entre los países y los gobiernos. Surgen propuestas, debates y controversias en torno a los recursos energéticos, minerales y naturales.

Pero, ¿cuál es el horizonte a largo plazo que orienta a las partes, presuponiendo que los gobernantes de los distintos países van cambiando? Y por otro lado, ¿desde dónde se asegura una integración que tenga muy en cuenta las necesidades vitales de justicia, dignidad y desarrollo pleno para los pueblos de la región?

Debemos redoblar los esfuerzos esperanzadores por un nuevo cielo y una nueva tierra, en medio de una realidad donde la creación ha sido dañada y continúa siendo amenazada y donde la vida de las personas y sus ambientes se desvaloriza permanentemente. En este sentido, parte de las señales concretas que vivimos en América Latina son los cambios climáticos que afectan a las poblaciones, en especial, a los más pobres tanto en las áreas urbanas como rurales, y que profundizan aún más la injusticia económica.

Un abanico de oportunidades se abre y nos permite atrevernos a repensar lo local en dimensiones más regionales, y repensar lo regional desde perspectivas locales. Desde los distintos sectores organizados de la sociedad civil, se nos hace necesario releer nuestros análisis de la realidad, potenciando también nuestras escuchas sobre lo que la gente dice y nos dice, y reconociendo las nuevas interlocuciones que se producen en los procesos sociales.

Desde el movimiento ecuménico, continúa estando presente el desafío de transformar la realidad, de tomar urgentemente las acciones de manera conjunta en favor de la dignidad de la vida y la creación mismas. A ello somos llamados, a vislumbrar otro porvenir y a colaborar activamente por un renovado sueño de unidad latinoamericana que vaya instalando horizontes de consensos con mayor justicia y paz en una diversidad cada más visible.